DOMINGO II DEL TIEMPO ORDINARIO (A)
Homilía del P. Josep Miquel Bausset, monje de Montserrat
15 de enero de 2017
Is 49 3,5-6 / 1Cor 1, 1-3 / Jn 1, 29-34

El llamado tiempo ordinario, con el cambio de los ornamentos blancos del tiempo de Navidad, de Epifanía y del Bautismo del Señor, por los verdes, nos ofrece este año la lectura del Evangelio de San Mateo, un texto que nos ayudará a profundizar , a celebrar ya renovar nuestra fe. Con todo, hoy, en este segundo domingo del tiempo ordinario, la liturgia nos ofrece una fragmento del Evangelio de San Juan (Jn 1, 29-34), donde el Bautista se convierte en el introductor y el testimonio de Jesús. Si en la fiesta del Bautismo escuchábamos la voz del Padre, hoy es Juan el Bautista convertido en testigo, quien señala a Jesús como Cordero de Dios.

Las palabras de Juan el Bautista nos invitan hoy a descubrir la misión y el mensaje del profeta de Nazaret, *"el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo".* Y es en este primer capítulo, que el evangelista San Juan nos presenta a Jesús en su misión como Mesías ungido por el Espíritu.

El título de *cordero de Dios* tiene una resonancia pascual, ya que el libro del Éxodo nos presenta este cordero (Ex 12, 11.13), cuya sangre liberó del exterminio al pueblo de Israel. El cordero de Dios nos recuerda también el canto del Siervo sufriente, del mismo profeta Isaías: *" Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores.... y el Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes. Maltratado, voluntariamente se humillaba y no abría la boca; como cordero llevado al matadero, como oveja ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca*." (Is 53, 4. 6-7). Es por todo esto, como nos dice el profeta Isaías en la primera lectura, que el siervo de Dios se convierte en luz de todos los pueblos, aquel por el que llega la salvación de un extremo a otro de la tierra. Y es todavía este cordero pascual, que nos santifica y nos llama a ser un pueblo consagrado (cf 1Cor 1, 2) como nos recuerda San Pablo en la segunda lectura.

Jesús fue un hombre sensible al sufrimiento de su pueblo, el Cordero de Dios que cargó con las debilidades y el pecado del pueblo. Por eso nos invita a tomar también las cargas pesadas de nuestros hermanos. Hoy precisamente es la Jornada Mundial del migrante y del refugiado, un día para tener presente en nuestra nuestra conciencia, a menudo dormida e indiferente, el drama que viven aquellas personas que tienen que huir del propio país. La guerra y el hambre han hecho salir de la propia tierra miles de personas, muchas de las cuales han muerto en el Mediterráneo, mientras el llamado mundo civilizado mira con indiferencia esta tragedia.

En el mensaje con motivo de esta jornada, el Papa Francisco nos recuerda el compromiso de solidaridad con el prójimo, ya que la acogida de estos inmigrantes haciéndonos cargo de la debilidad de estas personas que huyen de la guerra, marca *"el camino que conduce a Dios".* Por eso acoger a los refugiados es la *"condición necesaria para que este itinerario se concrete: Dios se ha hecho uno de nosotros".*

El Papa nos recuerda en esta Jornada Mundial del migrante y del refugiado, que "*la apertura a Dios en la fe, que alimenta la esperanza, se manifiesta en la proximidad cariñosa con los más pequeños y los más débiles".*

Como remarcó el sociólogo Zygmunt Bauman, fallecido el pasado lunes, la migración masiva "no es ni mucho menos un fenómeno nuevo". De hecho, Dios ya pidió a los israelitas acoger y amar a los emigrantes: *"No oprimirás ni vejarás el forastero*" (Ex 22, 20) y también: *"Amareis al emigrante, porque emigrantes fuisteis en Egipto*." (Dt 10, 19). Por eso sólo podremos vivir la llamada modernidad líquida en la esperanza, que

como decía Bauman, es un aspecto humano inmortal, el elemento definitorio del hombre. Es pues con esperanza, que hemos de denunciar el cinismo de la Unión Europea y de los gobiernos que siguen impidiendo la acogida de aquellos que sufren.

Después de darnos la paz, hermanas y hermanos, cantaremos el canto, *"Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo"* y antes de comulgar se nos mostrará el pan y el vino de la Eucaristía con las palabras: "*Este es el cordero de Dios que quita el pecado del mundo"*. Que el pan de la Eucaristía que compartiremos, Cristo, el cordero pascual inmolado por todos nosotros, nos haga más sensibles para acoger el sufrimiento de nuestro mundo, y abra nuestro corazón y nuestros brazos a aquellos que sufren.